

## Cultura a la contra

## Las mujeres

*Siempre he amado a las mujeres: se perfuman, se desodorizan, se visten y calzan con buen gusto. Para los surrealistas —los viejos surrealistas nunca mueren; ahora hacen "rock", por ejemplo— eran encarnaciones más que humanas de la Luna, de la Muerte, de la Noche, del Amor: pozos con muchas mayúsculas donde engolfarse —en todos los sentidos de la palabra— y dejarse llevar por corrientes de inconsciente colectivo hacia pleyas llenas de caracolas freudianas. Los surrealistas —románticos a fin de cuentas— consideraban a la Mujer —siempre con mayúsculas— un ser mágico y con pocas connotaciones humanas.*

*Por desgracia, o por suerte, siguen siendo las féminas —palabra de rancio sabor, antigua, señorial y cursi— muy poco humanas. Las feministas también, y sobre todo ellas; forman parte de otra tribu, de otra especie, y es una pena que la palabra "raza" tenga tantas connotaciones nazis, porque también se podría utilizar para ellas. Las mujeres siguen siendo diferentes. No es culpa suya, desde luego; nunca ser diferente es culpa de quien sufre tal condición, ni siquiera de quien goza de ella; se trata de un papel impuesto, de una situación obligada por la inmensa mayoría. Cierzo es que ellas intentan salir de su marginación, de su "ghetto" interno; algunas se pasan, se disfrazan de hombres, como si no se dieran cuenta de que los hombres —los varones, vocablo equivalente a féminas— son también seres extraños, artificiales; de que sus conductas estereotipadas son también producto de una división artificial en sexos y grupos. Los varones y las féminas, los galanes y las tiernas doncellas, son productos de un disparate, de una división artificial que nos separa en sexos. Y que no es solución, ni para acabar con tal ruptura, el adoptar los estereotipos del otro grupo, o considerarlo como un enemigo total. Las mujeres que olvidan sus perfumes, sus exóticos peinados y sus raros vestidos, y que se visten de vaqueros y no se depilan las axilas; aquellas que se llaman "macho" —qué disparate— y se intentan disfrazar, incluso mentalmente, de machos, se equivocan. Como los hombres que intentan asumir una condición femenina, los travestis y otros enloquecidos; desencasillados en busca de otra casilla, marginados que buscan otra marginación, juegan el mismo juego de división hasta el infinito, de atomización, de la especie humana. Ya no existen dos sexos —bastante monstruosa en sí esta división—, sino cuatro o cinco, o, más bien, cuatro o cinco actitudes exteriores de sexualidad, bastante graciosas desde el punto de vista estético, pero faltas de interés en general.*

*Yo sueño —a veces, todavía, sueño; a veces, ¡ay!, me quedan esperanzas— con un mundo en el que no haya diferencias sexuales, ni raciales ni grupales de ningún tipo. Sueño en un mundo de superficies brillantes, de actitudes libres y jactanciosas, basadas en una estética más que en una ética, en una libre acción lúdica más que en una postura reactiva, que es, a fin de cuentas, moralista. Sueño —perdón por lo confuso de la frase, que tantas cosas significa a un tiempo— en una auténtica revolución sexual unida a otras muchas revoluciones, que me permita tratar a las mujeres como compañeros de mundo, residentes como yo en esta Tierra inhóspita. Imagino el placer que supondría el adorar a las mujeres como adoro a los hombres, en tanto que seres imprevisibles, que no dependen ni del modista ni de los grandes almacenes, ni de un determinado partido político, ni de nada. Sueño en un mundo donde hayan muerto la familia, el municipio y el sindicato. Y que todos nos perfumemos, nos desodoricemos, nos vistamos y calcemos con buen gusto. ■ EDUARDO HARO IBARS.*

los progres "intercambistas", le ha faltado ingenio. ■ D. G.

## "El gran miércoles"

Desde que "American Graffiti" constituyera un éxito de público y la genial "The last picture show", de Bogdanovich, una lección de lo que podía ser un cine crítico y nostálgico, la moda ha hecho legión. Cada vez



"El gran miércoles", de John Milius.

son más los títulos que quieren imitar ambas películas, pero escasas son las que consiguen o el sentido del humor de la primera o la lúcida amargura de la segunda. Se trata sólo de insulsos productos destinados a quienes eran jóvenes en los años sesenta y ven ahora aquellos supuestos años felices con la impotencia de no poder repetirlos. Estas películas "retro" quieren devolver al país el aire de un ambiente feliz, la reconquista de una juventud teóricamente sana, llena de músculos y pelo rubio que contrasta con la melenuda, drogadicta y pasota de nuestros días. Para justificar esta operación reaccionaria, las películas "retro" incluyen una ambigua crítica a la guerra de Vietnam, como si ella sola hubiera sido la causa del escepticismo actual. Pocas —quizá sólo la de Bogdanovich— aceptaban que ya en los años sesenta la distancia de los jóvenes americanos con el optimismo oficial era un auténtico abismo.

"El gran miércoles" se apunta a la moda recordando a los jóvenes deportistas del "surf", inte-

rrumpidos en sus jocosos guateques por el llamamiento militar. Una serie de secuencias inconexas donde se agrupan de mala manera los sentimientos baratos, las risas fáciles y el espectáculo marítimo componen un extraño jeroglífico que comienza en el verano de 1962 y concluye en la primavera de 1974 sin que para hacerlo más verosímil sea necesario que los actores envejezcan mínimamente ni que sus contradictorias reacciones tengan una aunque sea elemental justificación. Todo es banal en esta película. Pero probablemente hábil si se la considera desde esa operación reaccionaria que lanzan ahora los estudios norteamericanos y muy concretamente algunos de sus productores y directores. El responsable de "El gran miércoles", John Milius, es el productor de esa otra aberración tan reciente en nuestras pantallas, "Hardcore", donde un honesto padre de familia de nuestros días buscaba a su corrompida hija por distintos lupanares hasta hacerla volver al hogar tradicional. ■ D. G.



## TEATRO

## El Español, este año

No sé si es porque todo el mundo acaba acostumbrándose a vivir con lo que le queda o si es porque el teatro interesa a muy poca gente. El hecho es que el incendio del Español, sala fundamental en la vida teatral madrileña, si bien lamentado en su momento, fue pronto aceptado como la enfermedad irremediable de un pariente lejano. Pese a haber sido, durante tantos años, el principal instrumento de la política teatral oficial, el otro día, con motivo de la rueda de prensa celebrada para presentar la nueva dirección del Centro Dramático Nacional, no hubo quien preguntara por él, como si el cambiar el Español por el Bellas Artes fuera la cosa más natural del mundo.

Menos mal que el interés de unos pocos y la presión objetiva de las cosas —¿cómo no reparar el mejor local teatral de Madrid y aceptar que permaneciera improductivo?— han devuelto al